

843
Z.



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

*Es propiedad.
Queda hecho el depó-
sito que marca la ley.*

CAPILLA ALFONSO REYES
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

PA 2520
TS
V.1



LA TIERRA.

PRIMERA PARTE.

I.

Aquella mañana, Juan andaba con un saquillo de tela azul atado á la cintura y sujeta la abertura con la mano izquierda, mientras con la derecha cogía puñados de trigo y cada tres pasos lo lanzaba al aire para dejarlo caer en los surcos del arado. Sus gruesos zapatos agujereaban y arrastraban la tierra, removida cada vez que levantaba sus piés al compás del monótono balanceo que daba á su cuerpo al andar, en tanto que á cada movimiento del brazo dejaba ver los vivos encarnados de una chaquetilla de uniforme muy usada. Caminaba con aire majestuoso, y detrás de él iba un arado que arrastraban dos caballos castigados por el látigo del mayoral que los guiaba.

El pedazo de tierra, que tendría una media hectárea escasa, era tan poco importante, que el señor Hourdequin, dueño de la Borderie, no había querido mandar á ella la máquina de sembrar que

tenía ocupada en otra parte. Juan, que estaba recorriendo aquella tierra de Sud á Norte, tenía delante de sí, y á dos kilómetros de distancia, los edificios de la granja. Cuando llegó al final del surco que sembraba, levantó los ojos, miró sin ver nada y respiró un momento.

Los edificios eran de paredes bajas, formando en su conjunto una especie de mancha negra perdida en el llano que se extendía hacia Chartres. Bajo el ancho cielo, obscuro y nublado, propio de fines de Octubre, diez leguas de tierra cultivada alternaban con los extensos pedazos de verdura natural, sin que en toda esa extensión se viera ni un cortijo, ni un árbol, ni nada que alterase la monotonía del panorama y aquella sucesión de terrenos que iban á perderse allá en el horizonte. Sólo por el lado del Oeste se advertía un bosquecillo que formaba otra mancha oscura. En medio una carretera, la carretera de Chateaudun á Orleans, blanquecina, polvorienta, iba formando una línea recta en una extensión de cuatro leguas, siguiendo la línea geométrica que formaban los palos del telégrafo; y en los bordes del camino, en toda esa extensión, sólo tres ó cuatro molinos de viento se veían, alterando la abrumadora uniformidad del paisaje. Algunos pueblecillos formaban islotes de piedra en aquel mar; un campanario á lo lejos surgía de un pliegue del terreno, sin que pudiera ser vista la iglesia, por las suaves ondulaciones de aquella tierra sembrada.

Pero Juan se volvió y emprendió de nuevo su paseo de Norte á Sur, con el mismo balanceo de cuerpo, con la mano izquierda en la abertura del saquillo de sembrar, y con la derecha sacudiendo

el aire, tirando continuamente puñados de simiente. Ahora tenía delante de sí, muy cerca, cortando la llanura como si fuese un foso, el estrecho valloncillo del Aigre, más allá del cual comienza de nuevo la Beauce, inmensa, y que se extiende hasta Orleans. No se adivinaban los prados y la sombra de los árboles más que por una línea de grandes pinos, cuyas copas amarillentas sobresalían por encima del bosquecillo como si fueran la punta de los hierros de una verja que encerrara el bosque. Del pueblecillo de Rognes, edificado en la falda del monte, sólo se veían algunos tejados alrededor de la iglesia que lanzaba al aire su elevado campanario de pizarras grises, habitado por familias muy antiguas de cuervos. Y por la parte del Este, al otro lado del valle del Loir, donde dos leguas más allá se ocultaba Cloyes, la cabeza del partido, se perfilaban las lejanas casitas de campo del Perche. Encontrábase uno allí en el antiguo Dunois, convertido hoy en el distrito de Chateaudun, entre el Perche y la Beauce, en la falda misma de ésta, y precisamente en el sitio donde el terreno es menos fértil. Cuando Juan estuvo al final del campo donde sembraba, volvió á detenerse, echó una mirada al suelo, y luego al camino de Cloyes, lleno aquella tarde, porque era sábado, de carretas y carros de campesinos que se dirigían al mercado. Luego volvió á emprender su trabajo y su caminata.

Y siempre con el mismo paso y con el mismo gesto iba hacia el Norte, volvía hacia el Sur, envuelto en el polvillo sutil del grano, en tanto que detrás el arado trabajaba incesantemente enterrando las semillas. Grandes lluvias habían retra-

sado aquel año la siembra de otoño; se había trabajado en la seca hasta Agosto, y los surcos estaban dispuestos desde hacía ya tiempo, profundos y limpios de terrones y hierbajos, esperando las semillas para hacerlas germinar rápidamente. Por lo mismo, el temor de las heladas que suelen sobrevenir después de esas grandes lluvias, fuera de sazón, hacía que todos los labradores se apresurasen. El frío había sobrevenido de pronto y por modo inesperado. Por todas partes estaban sembrando; había otro trabajador que sembraba trescientos metros más allá de Juan hacia la izquierda, y otro más lejos, á la derecha, y otros y otros se veían en todas direcciones. Eran pequeñas siluetas negras, simples rasgos cada vez más desvanecidos, que se perdían á lo lejos en una extensión de leguas y leguas. Pero todos tenían el mismo gesto, el mismo ademán, el mismo movimiento de brazos, y en torno de ellos se adivinaba cierto revivir de la naturaleza. La llanura se estremecía hasta en sus más lejanos confines, allá donde ya no se veían los trabajadores que sembraban.

Juan estaba dando su última vuelta, cuando yendo hacia Rognes vió una vaca muy grande, colorada, con manchas blancas, á la cual llevaba sujeta con una cuerda una muchacha, casi una niña. La campesinilla y el animal seguían el sendero que bordeaba el valle por el pie de la colina, y vuelto de espaldas había concluído de echar toda la simiente al suelo, cuando el ruido de una carreta precipitada, de gritos ahogados, le hizo levantar la cabeza. Era que la vaca escapada galopaba, arrastrando en su carrera á la muchacha que se

esforzaba por detenerla. Juan temió una desgracia y le gritó:

—¡Suéltala, mujer!

Ella no hacía nada más que suspirar trabajosamente, injuriar á la vaca con voz colérica y asustada.

—¡Coliche! ¡Maldita vaca! ¡Oye, Coliche!..... ¡Ah, maldita bestia!..... ¡Ah, condenada!.....

Hasta entonces, corriendo y saltando cuanto le permitían sus fuerzas, había podido seguirla. Pero tropezó, cayó una vez, se levantó, para volver á caerse un poco más allá, y entonces el animal precipitó su carrera y como si estuviera loca la arrastró. Ahora gemía desconsoladamente, sin defenderse y dejando detrás de sí un surco que iba marcando su cuerpo en la removida tierra.

—¡Suéltala, demonio!—seguía gritando Juan.— ¡Suéltala!

Y gritaba así maquinalmente, por miedo, porque también él había echado á correr comprendiendo lo que sucedía: la cuerda debía haberse arrollado alrededor de la muñeca y apretaría cada vez más á cada nuevo esfuerzo. Por fortuna, Juan tomó á campo traviesa y llegó tan de prisa á ponerse delante de la vaca, que ésta, espantada, estúpida, se detuvo en seguida. Juan desató la cuerda y sentó á la muchacha sobre la hierba.

—¿No te has roto nada?

Pero la chica ni siquiera se había desmayado. Se puso de pie, se sentó, se levantó las faldas hasta el muslo tranquilamente para mirarse las rodillas que le escocían, y empezó á respirar fuerte, porque le faltaba el aliento y no podía hablar.

—¡Caramba! ¡aquí me duele un poco!..... Pero

puedo menear las piernas, y eso es señal de que no tengo nada. ¡Oh, he pasado mucho miedo! ¡Cree que me mataba!

Y examinando su muñeca enrojecida, la mojó con saliva y pegó á ella sus labios, añadiendo después de dar un suspiro de satisfacción:

—La Coliche no es mala, sino que desde ayer nos hace rabiar porque está en celo..... La llevo para que la cubra el toro de la Borderie.

—¡La Borderie!—replicó Juan.—Está bien, te acompañaré, porque voy hacia allá.

Seguía tuteándola, tratándola como á una chucuela, que era lo que parecía por su endebles, á pesar de sus catorce años. Ella, con la cara levantada, miraba con seriedad á aquel mozo, de cara llena y regular, que á pesar de sus veintinueve años, parecía un viejo á su lado.

—¡Oh! yo os conozco; sois Caporal, el molinero que se ha quedado de criado en casa del señor Hourdequin.

Al oír aquel apodo que los campesinos le habían puesto, el joven se sonrió; á su vez la contempló sorprendido al ver que ya era casi una mujer, con aquel seno que se iba formando, con aquella cara adornada por dos ojos de mirar profundo, con aquellos labios abultados y con una carne sonrosada y fresca como una fruta que está madurando. Vestida con una faldilla oscura y una chaqueta de lana negra, y en la cabeza un gorrillo redondo, lucía una piel muy morena y tostada por el sol.

—¡Pues si tú eres la chica pequeña del tío Mouche!—exclamó Juan.—¡No te había conocido!..... ¡No es verdad que tu hermana era la amiga de Bu-

teau, el año pasado, cuando él trabajaba conmigo en la Borderie?

Ella contestó sencillamente:

—Sí, yo soy Francisca..... Mi hermana Elisa es la que se fué con el primo Buteau y está ahora embarazada de seis meses..... Se ha marchado, está en Orgeres, en la granja de la Chamade.

—Eso es—añadió Juan.—Los ví varias veces juntos.

Y permanecieron un momento callados, mirándose frente á frente, él riendo al recuerdo de que había sorprendido á los dos amantes una noche detrás de un montón de mies; ella mojóndose con saliva la dolorida muñeca, como si la humedad de sus labios calmase el ardor que le producía la rozadura de la soga; mientras tanto la vaca pastaba tranquilamente la hierba de un prado vecino. El carretero y el arado se habían ido, dando un rodeo para llegar á la carretera. Desde allí se oía el aleteo de dos cuervos que revoloteaban incansablemente alrededor de la torre del campanario. Los tres toques del *Angelus* sonaron en medio del silencio profundo de los campos.

—¡Cómo! ¡Las doce ya!—exclamó Juan.—Démonos prisa.

Luego, viendo á la Coliche en el prado, añadió:

—¡Demonio, qué destrozo está haciendo tu vaca! Si la vieran..... ¡Espera, voy á darle dos palos!

—No, dejadla—dijo Francisca deteniéndolo.— Ese campo es nuestro. La maldita me ha arrastrado en camino de casa..... Mi familia tiene todo ese lindero del terreno hasta Rognes. Lo nuestro empieza aquí hasta aquel mojón; luego, al lado, está

lo de mi tío Fouan; más allá lo de mi tía, la Grande....

Y mientras hablaba, señalando al mismo tiempo los pedazos de tierra, había traído la vaca al sendero, y hasta entonces, hasta que la tuvo nuevamente cogida por la soga y ya sin peligro de ninguna clase, no pensó en darle las gracias al joven.

—¡La verdad es que os debo un gran favor y que debiera encenderos una vela! ¡Gracias, muchísimas gracias, y de todo corazón!

Habían echado á andar y seguían el estrecho sendero que cruza el valle en toda su extensión, antes de meterse en tierra labrada. Los últimos ecos del toque de *Angelus* acababan de apagarse; sólo se oía el ruido de las alas de los cuervos que seguían revoloteando. Detrás de ellos caminaba la vaca sujeta por la cuerda, y ni uno ni otro hablaba una palabra, sino que guardaban el silencio de la gente de campo, que á veces andan una legua y otra y otra, juntos y sin cambiar una sola palabra. A su derecha echaron una mirada á una máquina de segar, porque los caballos que tiraban de ella dieron la vuelta muy cerca de ellos; el carretero les dió los buenos días, y ellos le contestaron con el mismo tono grave. A su izquierda, por la carretera de Cloyes, continuaban desfilando las carretas y los carros que se encaminaban al mercado.

—Por allí van mi tío Fouan con mi tía Rosa, que se dirigirán á casa del notario—dijo Francisca con los ojos puestos en un carrujillo tan grande como una cáscara de nuez, que corría de lo lindo á un kilómetro de distancia.

La muchacha tenía el buen ojo del marinero, esa vista de la gente del campo, ejercitada y práctica

en los detalles, capaz de reconocer á un hombre ó á una bestia en la pequeña movediza mancha de su silueta.

—¡Ah! sí, ya me han contado—respondió Juan.—¿De modo que es cosa decidida que el viejo reparte sus bienes entre su hija y sus dos hijos?

—Decidida; están citados hoy precisamente en casa del señor Baillehache—contestó la muchacha sin dejar de mirar el carricoche.

—A nosotros nos tiene sin cuidado, porque no hemos de estar por eso ni más flacos ni más gordos.... Sólo lo sentimos por Buteau, porque mi hermana cree que tal vez se case con ella cuando tenga su parte.... Siempre está diciendo que no se casa porque no puede uno casarse sin tener nada.

Juan se echó á reír.

—¡Ese demonio de Buteau! ¡Éramos muy amigos!.... ¡Ah! eso de engañar á las muchachas no le cuesta ningún trabajo! Y si no las engaña, no se anda por las ramas tampoco; á puñetazos se las compone cuando no puede conquistarlas con halagos.

—¡Es un cochino!—declaró Francisca con acento convencido.—No se le hace á una prima la porquería de dejarla plantada, con la barriga en la boca.

Pero se interrumpió bruscamente, y con voz encolerizada,

—¡Eh, Coliche!—exclamó.—Espera y verás como te hago bailar.... Ya estamos otra vez lo mismo. Está rabiosa esta maldita bestia cuando se encuentra así.

Con una violenta sacudida de la cuerda había tirado de la vaca. En aquel sitio la carretera se

apartaba de la falda de la colina. El carricoche desapareció, y ellos dos siguieron caminando por el llano, sin tener á la vista por delante, por la izquierda, por la derecha más que la interminable sucesión de las tierras de labor que se extendían por la llanura. Entre la labor y los prados artificiales el sendero se dirigía hacia la granja, que parecía que cualquiera podía tocar con la mano desde allí y que cada vez iba alejándose más. Los dos habían vuelto á caer en el silencio de antes, sin desplegar los labios, como invadidos por la gravedad reflexiva de aquella tierra tan triste y tan fecunda.

Cuando llegaron, el gran corral cuadrado de la Borderie, cerrado por los edificios de los establos y de los otros corralillos, se hallaba desierto. Pero en seguida por la puerta de la cocina apareció una joven pequeña de estatura, vivaracha, descarada y guapa.

—¿Qué es eso, Juan, no se come hoy?

—Allá voy, señora Santiaguilla.

Desde que la hija de Cognet, un vecino de Rognes, la *Cognete*, como la llamaba la gente cuando fregaba los platos de la granja á los doce años de edad, había ascendido á la categoría de criada-ama, se hacía llamar señora despóticamente.

—¡Ah! ¿eres tú, Francisca? —continuó.— Vienes por el toro.... Pues tienes que esperar. El vaquero ha ido á Cloyin con el señor Hourdequin. Pero vendrá pronto porque ya debiera estar aquí.

Pero como Juan se decidiera á entrar en la cocina, ella lo cogió por la cintura, frotándose contra él, riendo á carcajadas, sin importarle que la vieran, como enamorada deseosa que no se contentaba con ser la querida de su amo.

Francisca, que se había quedado sola, esperó pacientemente, sentada en un banco de piedra y contemplando las gallinas que picoteaban y escarbaban con las patitas una capa de estiércol, de la cual se escapaba un vaporcillo azulado que parecía humo.

Al cabo de media hora, cuando Juan volvió á presentarse, comiéndose un pedazo de pan con manteca, la muchacha no se había movido. El joven se sentó á su lado, y como la vaca se agitaba inquieta, golpeándose los costados con la cola, acabó por decir:

—Es un fastidio que no haya vuelto ya.

La joven se encogió de hombros como para declarar que no tenía prisa. Luego, al cabo de otro rato de silencio,

—¿De modo, Caporal, que os llamáis Juan á secas?

—No, por cierto; Juan Macquart.

—¿Y no sois de por acá?

—No, soy provenzal; de Plassans, un pueblo que hay allí.

Ella había levantado la vista para examinarlo, sorprendida de que se pudiera ser de tan lejos.

—Después de lo de Solferino —continuó Juan— hace diez y ocho meses, volví de Italia con mi licencia absoluta, y un camarada me trajo aquí.... Como no me gustaba mi antiguo oficio de molinero, eso y otras historias me han hecho quedarme en la granja.

—¡Ah! —dijo ella simplemente y sin quitar los ojos de Juan.— Es extraño todo eso.

Pero en aquel momento la Coliche dió bramidos desesperados de deseo, y se oyó el ruido sordo

que salía de la cuadra, cuya puerta estaba cerrada.

—¡Mira, mira—exclamó Juan—el tunante de César la ha oído!.... Escucha cómo habla ahí dentro.... ¡Oh! sabe su negocio; no hay manera de que entre ninguna en el corral sin que la sienta en seguida y sin que sepa lo que quieren de él....

Luego se interrumpió.

—Mira—dijo;—el vaquero debe haberse quedado con el señor Hourdequin.... Si quieres, te traeré el toro y no necesitarás volver otra vez. Entre los dos haremos eso muy bien sin necesidad del vaquero.

—Sí, es verdad—dijo Francisca levantándose.

Abrió la puerta de la cuadra y preguntó:

—¿Tendremos que atar á la vaca?

—¡Atarla! no por cierto; no vale la pena....

Está deseándolo, y ni siquiera se moverá.

Abierta la puerta del establo, se vieron en dos filas, á un lado y á otro, las treinta vacas de la granja, unas echadas en la paja, otras comiendo tranquilamente el pienso que tenían en los pesebres; y desde el rincón donde estaba, uno de los toros, un holandés, negro con manchas blancas, estiraba el cuello y abría la nariz, dando resoplidos y esperando el momento de emprender su tarea.

Cuando lo desataron, César salió lentamente. Pero de pronto se detuvo como sorprendido de tanta luz y de tanto aire; permaneció un momento inmóvil, con las patas tiesas, moviendo nerviosamente la cola, con el cuello hinchado y las narices abiertas y oliendo. La Coliche, sin moverse, dirigía hacia él sus ojazos sin expresión y mugía suavemente. Entonces el toro avanzó, se pegó á ella, puso la cabeza en la grupa de la vaca, su lengua

pendía fuera de la boca, separó la cola de la vaca y la lamió hasta las ancas; ella en cambio lo dejaba hacer sin moverse siquiera y con la piel contraída por un estremecimiento de deseo. Juan y Francisca, serios, graves y silenciosos, esperaban.

Y cuando estuvo en disposición, César montó á la Coliche, dando un salto brusco que hizo retremblar el suelo del corral. Ella no se había bajado, él la estrechaba con las dos patas de delante. Pero ella, animal de gran alzada, resultaba tan ancha para el toro, que éste no alcanzaba. Así lo comprendió; hizo un esfuerzo inútil por subirse más y atraerla.

—Es demasiado pequeño—dijo Francisca.

—Sí, un poco—dijo Juan.—Pero no le hace de todos modos entrar.

Ella movió la cabeza, y como César trabajaba todavía inútilmente, la muchacha se decidió.

—No, hay que ayudarle.... Si entra ~~mas~~ se ha perdido todo, porque no lo retendrá ella.

Y con aire tranquilo y atento, como quien se ocupa de una tarea seria, se adelantó. El cuidado que ella ponía en la operación le hacía fruncir el entrecejo, entreabrir sus labios rojos y mantener inmóvil sus facciones. Tuvo que levantar el brazo, cogió con toda la mano el miembro del toro y lo acercó, dirigiéndolo y sosteniéndolo. Y él, cuando se sintió en el borde reunió todas sus fuerzas y penetró de un solo impulso. Luego se retiró. Estaba hecho; era el golpe del plantador que hunde en la tierra un grano de simiente. Sólida, con la impasible fertilidad de la tierra donde se siembra, la vaca había sentido, sin hacer un movimiento, la semilla del macho.

Francisca retiró el brazo, diciendo:

—Ya está.

—Sí, ha sido bueno —respondió Juan con aire convencido, mezclado á ese acento del obrero satisfecho cuando habla de una obra hecha de prisa y bien.

No pensaba en tener una de esas bromas que los mozos de labranza solían decir á las muchachas que llevaban allí sus vacas. Aquella chiquilla parecía encontrar todo aquello tan sencillo y tan necesario, que verdaderamente no era honrado reírse de ella. Eran cosas de la naturaleza.

Pero hacía un momento que Santiaguilla estaba en la puerta del corral, y con una sonrisa que era peculiar en ella dijo alegremente:

—¡Eh! pues vaya..... ¿con la mano también? ¿Tan mal acostumbrada te tiene tu novio, que necesitas esas cosas?

Juan soltó la carcajada, y Francisca se puso colorada como una amapola, y confusa, para ocultar su turbación, y en tanto que César se retiraba lentamente al establo y que la Coliche se comía un manojo de hierba, se registró el bolsillo, sacó el pañuelo, desató un nudo donde llevaba unos cuartos, y pagó los cuarenta sueldos de la cubrición.

—¡Tomad, ahí está el dinero! —dijo.—Vaya, buenas noches.

Se fué con su vaca, y Juan, que había vuelto á coger el saquillo con la simiente, la siguió, diciendo á Santiaguilla que iba al campo de Poteau, según las órdenes que el señor Hourdequin le había dado para el día.

—¡Bueno! —respondió ella.— Allí estará el arado.

Luego, cuando el joven se reunió á la muchacha y empezaron á alejarse uno detrás de otro por el estrecho sendero, les gritó otra vez con tono zumbón:

—No hay cuidado ¿eh? si os perdéis juntos; la chiquilla sabe bien el camino.

Detrás de ellos el corral de la granja se volvió á quedar desierto. Ni uno ni otro se vieron aquella vez. Caminaban lentamente y sin hacer más ruido que el que producían sus zuecos al golpear las piedras. El no veía más que su neca de niña adornada de vello negro. Por fin, después de haber andado unos cincuenta pasos,

—Hace mal en meterse por los ojos de los hombres —dijo Francisca reposadamente.—Yo le hubiera podido decir.....

Y volviéndose hacia el joven, mirándolo de hito en hito con aire malicioso,

—¿No es verdad —añadió— que se los pone al señor Hourdequin como si fuera su mujer de veras?..... Vos, estoy segura que sabéis algo y aun mucho de eso, ¿no es verdad?

Él turbóse, poniendo una cara muy estúpida, y respondió:

—¡Diablo! Ella hace lo que le da la gana; eso es cuenta suya.

Francisca, volviendo la espalda, se puso en marcha otra vez.

—Es verdad..... Bromeo porque vos podríais ser mi padre, y esto no tiene consecuencias..... Pero, mirad, desde que Buteau hizo aquella cochinería á mi hermana, he jurado que antes me haré pedazos que tener un amante.

Juan bajó la cabeza y no hablaron más. El cam-

po de Poteau estaba en la parte baja del sendero, á la mitad del camino de Rognes. Cuando llegó allí, el mozo se detuvo. Le esperaba el arado y un saco de semilla descargado en un surco. Llenó de él su talego, diciendo:

—Adiós entonces.

—Adiós — contestó Francisca — y gracias otra vez.

Pero él se vió acometido de cierto temor, y enderezándose le gritó:

—Dime, si la Coliche volviese á comenzar....

Quieres que te acompañe hasta el fin?

Ella estaba ya lejos. Volvióse y gritó con su voz serena y fuerte á través del gran silencio de los campos:

—¡No, no! es inútil, no hay peligro. ¡Tiene el saco lleno!

Juan, con el talego atado sobre el vientre, comenzó á bajar la pieza de labor, echando grano; alzaba los ojos y miraba á Francisca achicarse, caminando detrás de su vaca indolente que balanceaba su enorme cuerpo. Cuando volvió á subir dejó de verla; pero á la vuelta la vió otra vez más achicada, tan pequeña, que se asemejaba á una florecilla con su fino talle y su gorro blanco. Tres veces la vió disminuir de aquel modo; después la buscó, pero ella debía haber dado vuelta á la iglesia.

Dieron las dos; el cielo estaba gris y helado como si pelladas de ceniza hubieran ocultado el sol para muchos meses, hasta la primavera. En aquella inmovilidad, una mancha más clara hacía palidecer las nubes, hacia la parte de Orleans, como si de aquel lado el sol resplandeciera á dos

leguas de allí; sobre aquella mancha destacábase el campanario de Rognes, mientras que el pueblo quedaba oculto en el pliegue invisible del valle del Aigre. Pero hacia Chartres, al Norte, la línea del horizonte tenía la limpieza de una raya trazada con tinta entre la uniformidad terrosa del vasto cielo y el desarrollo sin límites de la Beauce. Después del almuerzo parecía haber aumentado el número de los sembradores. Ahora cada parcela de aquella tierra en cultivo tenía el suyo; se multiplicaban y pululaban como negras hormigas laboriosas ejecutando algún gran trabajo, encarnizándose en alguna labor desmesurada, gigantesca en comparación de su pequeñez; y sin embargo, distinguíase, aun en los más lejanos, el gesto de obstinación, siempre el mismo, aquel empeño de insectos en lucha con la inmensidad del suelo, victorioso al fin del tiempo y del espacio.

Juan sembró hasta que fué de noche, después del campo del Poteau los de las Rigolles y el de los Cuatro Caminos. Iba y venía á largos pasos iguales; el grano de su talego se agotaba, y la semilla cubría detrás de él la tierra.

II.

La casa de maese Baillehache, notario de Cloyes, está situada en la calle Gronaise, á la izquierda, como se va á Chateaudun: una casita blanca de un solo piso, en cuya esquina está el único reverbero que ilumina aquella calle, desierta toda la semana y sólo animada los sábados por los campesinos que en gran número vienen al mercado. Desde lejos se